

Recuerdos en la plaza

Cada tarde, Ana recorre las calles del viejo barrio hasta llegar a la pequeña plaza donde solía jugar de niña. El pavimento gastado y las fachadas descascaradas parecen contar historias de otros tiempos, pero a ella le transmiten una extraña sensación de familiaridad. Se detiene frente a la fuente, observa cómo el agua brota constantemente y escucha el murmullo de la ciudad que la rodea.

Ana recuerda los días soleados en los que corría con sus amigos, las risas que llenaban cada rincón y los secretos compartidos bajo los árboles centenarios. Ahora, el barrio parece distinto: las voces se mezclan con el tráfico, las tiendas tradicionales han cerrado y los juegos infantiles se reducen a momentos esporádicos. Sin embargo, aquel espacio sigue siendo un refugio donde puede detenerse, respirar y dejar que sus pensamientos fluyan sin prisa.

Cada detalle despierta en ella recuerdos que a veces la entristecen y otras la hacen sonreír. El olor del pan recién hecho que llega desde la panadería, el crujido de las hojas bajo sus pies o la sombra de los edificios al atardecer le permiten reconectar con su propia historia. Ana se sienta en el banco de siempre, observa el parque y siente cómo los días de su infancia se mezclan con el presente, creando una sensación de continuidad y calma.

A pesar de los cambios, aquel lugar le recuerda que la memoria tiene un poder especial: conservar los instantes más importantes, dar sentido a la vida cotidiana y ofrecer un espacio de tranquilidad en medio del ruido del mundo. Cada paseo se convierte en un viaje silencioso, en el que Ana se encuentra consigo misma y con los recuerdos que definen quién es y quién desea ser.

Autor: Clara Jiménez